

## José Vasconcelos y la revista *Timón*. El discurso político del nazismo en México

Héctor Orestes Aguilar Cabrera\*

De todas las listas negras que circularon en México denunciando las actividades clandestinas de los agentes nazis en nuestro país durante los años de la Segunda Guerra Mundial, sin duda la más célebre es la que Vicente Lombardo Toledano dio a conocer el 17 de octubre de 1941 durante un mitin «antifascista y de ayuda a las democracias» realizado en la Arena México. En aquel discurso Lombardo se limitó, prácticamente, a la lectura de un prolongado documento que precisa nombres, direcciones y actividades de una supuesta conspiración nazi en territorio nacional. La lista inculpativa constataba la existencia de una topografía de pliegues inesperados y espectaculares por sus dimensiones, pues rebasaba con mucho a los consabidos «conjurados» (la colonia alemana, los nacionales de los países del Eje y sus tradicionales seguidores mexicanos). El recuento destacaba sobre todo a las agrupaciones que servían como pantalla a las tres actividades pronazis que inequívocamente tuvieron un carácter programático: el proselitismo entre los miembros de la comunidad alemana que aún no abrazaban la causa de Hitler; la conquista de toda información útil sobre Estados Unidos y sus contactos con los gobiernos latinoamericanos y, finalmente, el impulso a un clima de opinión pública que favoreciera la imagen de una Alemania triunfante sobre los aliados, incrementara la antipatía hacia el imperialismo anglosajón, filtrara progresivamente el antisemitismo en el lenguaje de prensa y radio, e hiciera posible el mantenimiento de la neutralidad mexicana.

No obstante su exhaustividad, el inventario de Lombardo Toledano omitió notablemente la publicación que de manera más articulada y radical expresó principios programáticos muy semejantes a los antes aludidos. Aunque había dejado de circular antes de la denuncia del líder obrero, la

\* Ensayista.

revista *Timón* fue reconocida por los inspectores de la Secretaría de Gobernación como «la más hábil publicación» de «la Legación alemana [...] o el servicio nazi», «dedicada en [un] 80 por ciento a propagar las tesis alemanas», «totalmente financiada por la Legación [germana]» y «después de la [revista] *Hoy*, la más costosa de México». La omisión es parcialmente comprensible, pues *Timón* no sólo había sido prohibida (y muy seguramente confiscada), sino que su director José Vasconcelos fue desprendiéndose paulatinamente de sus simpatías filonazis hasta hacer previsible, ya en ese otoño de 1941, que habría de manifestarse después en favor de la declaración mexicana de guerra contra el Eje.

*Timón*, sin embargo, fue el más radical de sus experimentos publicitarios. El proyecto que animó a esta publicación tomó una distancia considerable de las empresas editoriales vasconcelistas que le precedieron. Ya desde sus días como gestor de la educación pública nacional, Vasconcelos había sido uno de los primeros en vislumbrar la instrumentalidad del libro al editársele masivamente. De hecho, como político cultural, tradujo la producción de libros en difusión de lecturas, obras que eran distribuidas como catecismos o concentrados acervos didácticos. En el concepto vasconcelista del libro —que Julio Torri hizo operativo—, puede verse cómo las publicaciones deben ser vehículos de una política, instrumentos de campaña para reformar y aun transformar la conciencia pública de un país. Todavía más elocuente es el ejemplo de la primera revista de Vasconcelos con tirajes copiosos: *El maestro* (1921-1923), que alcanzó los sesenta mil ejemplares y que fue perfilada como motor de una revolución educativa que arremetería contra la ignorancia, el atraso y la desigualdad cultural. En el otro extremo, como parte de una campaña diametralmente opuesta, ya no redentora ni pacífica, sino doblemente beligerante, *Timón* añadió a la combatividad editorial, que busca cualquier revista al seleccionar contenidos competitivos, pertinentes, atractivos e ineludibles, el acento hostil de quienes añoran la acción directa.

El primer número de *Timón* apareció el 22 de febrero de 1940 y dejó de publicarse dieciséis entregas más tarde, el 15 de junio del mismo año. La vinculación con las empresas alemanas es muy evidente, dada la gran cantidad de publicidad con ese origen que apareció en sus páginas. Por otra parte, la dependencia directa de los recursos de la agregaduría de prensa de la embajada alemana es sabida e incuestionable; la prueba más fehaciente de ello la proporciona el hecho de que, luego de decretarse la expulsión de México de los propagandistas que laboraban para la misión

diplomática del Reich, entre quienes se contaba el famoso Arthur Dietrich, encargado de prensa, la revista vio la luz por última vez. Tan sólo tres días atrás los nazis habían tomado París.

Desde una perspectiva muy amplia, lo que diferenció a *Timón* de los pasquines, gacetillas, hojas volantes y periódicos que tradicionalmente constituyeron el arsenal propagandístico de nuestra derecha y de las agencias de los países en contienda, fue precisamente que a pesar de pertenecer de manera orgánica a un aparato ideológico, y a pesar de ser un engrane en la maquinaria bélica de propaganda alemana, su proyección la destinaba a circular en el más amplio circuito de lectores posible, en particular en el ámbito de las revistas de modas y deportivas.

Su presentación era muy semejante a la de las publicaciones periódicas comerciales norteamericanas en boga por aquella época: formato tabloide, portada a colores, cuarenta y ocho páginas impresas en *offset* que utilizaban por lo menos tres familias tipográficas diferentes, y ocho planas enteras de publicidad; en cuanto a la distribución de contenidos, el orden heterogéneo quería favorecer la fluidez de la lectura con base en un equilibrio entre la longitud y la densidad de los materiales: un editorial, diez articulistas invitados en promedio, seis secciones fijas, una serie de «cartones de la guerra», caricaturas políticas, columnas irregulares de moda, deportes, salud, consejos para la vida familiar, fragmentos de novelas (notablemente *La puerta estrecha* de André Gide) y una miscelánea variable sobre cine, religión, ciencia, ópera, filatelia, toros, escultura y pintura.

En buena parte de este material, de este conjunto de textos, pero sobre todo de los artículos de *Timón* con referencia a sucesos de batalla, en las crónicas y despachos bélicos, en los ensayos y artículos de fondo que intentan analizar el desarrollo de las acciones militares en Europa, se actualizaba un cuerpo de discursos que tuvieron como objetivo común conferir aceptabilidad al discurso y a la ideología que propugnaban el triunfo de la Alemania nazi como resultado inevitable de la Segunda Guerra y como única opción de México para liberarse del dominio económico y político de Estados Unidos.

¿Cuál puede ser la cifra esencial de *Timón*? Una revista de sociales que incluyera con frecuencia sanguinolentos partes de guerra; cultural pero con un acento periodístico de actualidad; antialiada y progermana; frívola pero con un contenido propagandístico complicadamente ideologizado y en ocasiones francamente militarista. Al haber cubierto con boletines y diarios de guerra a un hipotético lectorado castrense, a la jefatura de prensa alemana

en México le quedaba cubrir el gran público de la clase media, pues no otro podía pagar los 50 centavos semanales de *Timón*. Esto no era posible sin ofrecer una publicación con visibles prestigios. Puede aventurarse que de tal manera fue concebida una revista de cultura política disfrazada con la fórmula de una publicación familiar; un espacio impreso donde se enlazaran las opiniones de los antiimperialistas, los germanófilos, los antisemitas, los hispanistas y los anticomunistas; un proyecto cuyo líder natural sólo podía ser José Vasconcelos.

La nómina de *Timón* incluyó a antiguos militantes de la campaña vasconcelista como Andrés Henestrosa; a los escritores Alfonso Junco (hispanista, autor de una semblanza de Iturbide, polemista, creador de caracteres y fisonomías); Benjamín Jarnés (refugiado republicano español, de quien Vasconcelos prologará el *Ariel disperso*); Eduardo de Ontañón (biógrafo de Fray Servando y cronista de temas literarios hispánicos); Rafael Aguayo Spencer (estudioso de la obra de Lucas Alamán y de Vasco de Quiroga); David Niño Arce (responsable de una bibliografía de Vasconcelos, bibliotecario y bibliógrafo); José Calero (uno de los escasos colaboradores de la revista que estudió en el Colegio Alemán, temprano admirador de Hitler que al presenciar de cerca las atrocidades de los nazis en Europa desistió de su germanofilia y se convirtió en filántropo y benefactor en Polonia); Adolfo León Osorio (poeta, soldado, duelista, exilado político y anticuario); en fin, el Dr. Atl, María Elena Sodi de Pallares y una numerosa lista de nombres que hoy poco o nada dicen. Entre los periodistas de mayor presencia en la prensa de derecha están Carlos Roel, Antonio López Estrada, Antonio Islas Bravo y Pedro Zuloaga. Un grupo de solitarios, empecinados, intolerantes y excéntricos. Una constelación de partidarios de todas las causas, y por lo tanto de ninguna, que encontraron en las páginas de *Timón* un inmejorable escaparate para expresar su diferencia.

Si tan sólo tomáramos en cuenta la heterogeneidad de las ideologías —entendido este concepto aquí en su sentido amplio, como sistema de ideas— de los colaboradores de *Timón* para desentrañar la manera en que los elementos de la ideología nacionalsocialista se materializaron en sus discursos, podremos percatarnos de la complejidad del caso frente al cual nos hallamos. Debe recordarse, en principio, que durante la *enunciación* del discurso el sujeto de la enunciación toma distancia del sujeto del enunciado para convertirse en locutor colectivo, representante de un sector o grupo social, que interpela buscando siempre el consenso, la aceptabilidad.

Desde el editorial del primer número, titulado «*Timón* se define», las estrategias discursivas que adoptarán los colaboradores de la revista van

definiéndose. Primeramente, encontramos que las operaciones de identificación van a referirse simultáneamente al sujeto de la enunciación y al receptor del discurso. El anónimo redactor del editorial (que como verán bien pudo ser Vasconcelos) anota:

*Nuestro interés reside en el debilitamiento de la hegemonía anglosajona en el planeta. Nuestra exigencia de pueblos en formación es que se derriben todas las barreras que han estorbado nuestro progreso [...] detrás de nuestros fracasos se ha alzado sonriente el poinsetismo, más poderoso cada día [...] Según hemos ido avanzando en la pelea, el adversario ha crecido. Creímos habérmolas con el caudillismo nacional y detrás de sí asomó la faz turbia, el internacionalismo falso que simula las rapacidades del Imperio [sic] racial anglosajón. El mismo que nos prohíbe a nosotros hablar de raza.*

Como puntualmente ha señalado Ricardo Pérez Montfort en su ensayo sobre «El discurso nacionalista en México», en este tipo de discurso cuando se «tiende a plantear una definición, por superflua que sea, lo hace a través del establecimiento de un sistema donde no hay intermedios». Esta operación de *identificación contrastativa* es una de las estrategias más frecuentes de los discursos donde se privilegia el componente polémico. Siempre se contratará un sujeto colectivo institucional que excluye al interlocutor y simultáneamente lo estereotipifica.

En el fragmento anterior observamos también cuáles son los elementos de una argumentación típicos en *Timón*. En primer lugar, subrayemos que siempre se insistió en destacar la *colectiva antagónica*, marca perceptible en pares de oposiciones; a saber, «pueblos en formación» vs. «hegemonía anglosajona», «nuestros fracasos» vs. «poinsetismo», «nosotros» vs. «imperialismo racial anglosajón», etcétera. Un ejemplo más sobresaliente lo encontramos en el artículo «Contra los planes ocultos, la luz de la verdad», escrito por el propio Vasconcelos cuando era inminente el cierre de la revista:

*Muy lejos estamos del propósito de predicar odios de raza. Creemos firmemente en el credo americano continental de la convivencia de todos los colores de piel [...] En lo particular no estamos en contra de ningún judío, de ningún norteamericano, de ningún indio o europeo. Pero al mismo tiempo estamos obligados a estudiar y a señalar toda actividad de orden social que constituya un peligro para el libre y pacífico desarrollo*

*de nuestra nacionalidad y sus intereses más elementales. No atacamos a nadie, pero nos defendemos [...] No estamos, pues, contra los particulares, pero sí contra todos aquellos que se conjuran contra nuestro porvenir nacional [...] Si a menudo y con insistencia, la prensa nacional se ha ocupado de los riesgos implícitos en el monroísmo y la penetración imperialista de los cristianos anglosajones, ¿por qué no hemos de examinar los riesgos que se desprenden de los planes del judaísmo y sus métodos? [...] Los estorbos a la circulación de las revistas que no son del agrado del judaísmo fueron una de las causas determinantes del antisemitismo alemán. Durante muchos años, un monopolio de los kioscos de publicaciones permitía a cierta mafia berlinesa excluir de la circulación, condenar a extinción a todos aquellos órganos de publicidad que caían bajo la corona del Sanedrín [...] Como mexicanos tenemos el derecho de informar a nuestros compatriotas acerca del desarrollo de la cuestión europea y de aleccionarlos al respecto sin que para ello nos detengan consideraciones de orden partidista extranjero [...] No somos antisemitas ni somos antiingleses, ni somos antinada. Somos promexicanos, y eso es todo. Mexicanos con el derecho de juzgar libremente la cuestión internacional y con derecho de levantarnos indignados contra los intentos que ya se ha hecho, se están haciendo para acallarnos. Intentos desleales porque proceden de personas que aunque adineradas pero influyentes no son en el país sino huéspedes, obligados a respetar la opinión mexicana.*

Sirva esta prolongada cita para señalar que en esta suerte de «manifiesto», Vasconcelos muestra, además, la *lógica argumentativa* que siguieron la mayor parte de los colaboradores de *Timón* al intentar *convertir algo colectivamente cuestionable* (en este caso el antisemitismo) en *colectivamente válido*, por medio de lo que es válido colectivamente (respectivamente la defensa de la libertad de prensa). Sobre todo en los ensayos largos y en los artículos de fondo, afirmaciones tan discutibles como las citadas por Vasconcelos parecen justificadas y coherentes, por el hecho de encontrarse entre aseveraciones válidas para el consenso. No podemos afirmar que hayan sido efectivas, que hayan influido en el espacio de opinión pública al que estaban destinadas; pero, limitándonos al campo discursivo, sí puede decirse que constituyen el *corpus* que con mayor consistencia articuló elementos ideológicos del nacionalsocialismo entre las publicaciones mexicanas.

Del examen de las peculiares condiciones de producción de los discursos de *Timón* se desprenden algunas características generales. La primera es

que estos discursos son más reivindicativos y descriptivos que analíticos. Aunque se defiendan posiciones, ideas y proyectos políticos firmemente, es perceptible una enajenación lingüística por parte de los redactores hacia sus propios textos. En la mayoría de los artículos donde se polemiza contra los enemigos del III Reich, se utilizan las mismas estrategias discursivas que las de la propaganda venida directamente de Alemania. La exposición de las ideas sigue patrones preestablecidos y denota la ausencia de un programa propio y una fetichización del discurso personal que se adapta a los códigos de una ideología asimilada superficialmente.

La segunda característica observada es el carácter dinámico de los discursos de *Timón*, pues su producción estuvo marcada siempre por la coyuntura de la guerra europea más que por las condiciones estructurales que los vieron surgir. Aunque en principio los colaboradores de *Timón* no reconocieron que la posición ideológica que defendían era la del nacionalsocialismo, paulatinamente se introducen *variantes discursivas* en sus escritos que dejan ver una total identificación con la Alemania hitleriana. Cuando se aproxima la entrada de los ejércitos nazis a Francia, *Timón* pasa de producir un conjunto de discursos radicales a pronunciarse por medio de un discurso belicista frontal y prácticamente unificado entre sus colaboradores.

La tercera característica es que este discurso acogió, muy significativamente, una de las estrategias del discurso de la propaganda política totalitaria: la formulación asertiva de predicciones sobre el desarrollo de la historia. El relato de la Segunda Guerra, fragmentario y parcial, pretende ser en *Timón* la encarnación anticipada de la historia, no sólo como prognosis sino también como el discurso que propicia, desencadena una acción futura; que materializa una fuerza, un poder irresistible y ubicuo.

Al hacer la semblanza del Führer, Vasconcelos compone la página más expresiva de la creencia de la capacidad del discurso como detonador de la acción directa:

*Hitler, aunque dispone de un poder absoluto, se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen. El poder no se lo debe Hitler a las tropas, ni a los batallones, sino a sus propios discursos que le ganaron el poder en democrática competencia con todos los demás jefes y aspirantes a jefes que desarrolló la Alemania de la postguerra.*

*Hitler representa, en suma, una idea, la idea alemana, tantas veces humillada antaño por el militarismo de los franceses, y la perfidia de los ingleses.*

¿Hasta qué punto hubiera llegado la defensa del nacionalsocialismo de haber continuado apareciendo *Timón*? Si en descargo de Vasconcelos y sus colaboradores hay que recordar que la guerra estaba apenas en su primer año y que la *solución final* no se vislumbraba aún, por otra parte la desmedida infatuación con Hitler y la Alemania nazi, la enajenación del discurso de casi todos los colaboradores de la revista, hacen pensar que *Timón* pudo haberse convertido en un órgano de agitación política, en un cabal instrumento de campaña militar.

Dentro de la obra editorial de José Vasconcelos, *Timón* es un capítulo sellado, prácticamente oculto. Habría que regresar a sus páginas no para contemplarlas como el acervo de una episódica y marginal manifestación de la cultura antidemocrática, sino como uno de los momentos más intensos e inquietantes de la historia de las ideas en México.